

PRIMERA PARTE

Hollywood



# 1

Era el hombre que llevaba buscando toda su vida. Paige lo adoraba: con su cuerpo y su alma, su corazón y su mente, hoy y para siempre. Aunque hiciera apenas veinticuatro horas que lo había conocido. Y a pesar de que jamás pudieran estar juntos.

Yacían cara a cara, cada uno apoyado sobre un codo desnudo hundido en la áspera arena: demasiado agotados para moverse y demasiado arrobados para desear hacerlo. Sus ropas estaban sucias y desgarradas, sus rostros mostraban la huella de la pesadilla que habían compartido y a la que habían sobrevivido contra todo pronóstico. Pero eso carecía de importancia ahora. Lo que importaba era que al fin estaban realmente solos en el vacío desierto, sin que nadie les observara y sin que tuvieran que fingir.

—¿Cuánto tardarán en dar con nosotros? —Él tenía una voz profunda y melodiosa como un bombo. Estaban tan juntos que ella la sentía reverberar a través de su cuerpo: una invasión íntima. En respuesta, pestañeó.

—Quizá dos horas, suponiendo que el chip del localizador aún funcione. —Sólo dos horas para abarcar toda una vida de amor—. Señor —añadió, tragando saliva. Le era difícil controlar su voz.

—Señor —repitió él con amargura. De pronto apartó la cara, ceñudo y distante, exhibiendo un perfil increíblemente atractivo iluminado por el intenso resplandor crepuscular. Paige contempló con deseo el músculo crispado de su mandíbula y el brillo dorado de su pelo.

—¿No hubo un rey inglés —preguntó él, con la vista fija en la vasta extensión de arena— que renunció a todo para casarse con la mujer que amaba?

—El rey Eduardo —respondió ella suavemente—. Era una mujer americana. Los ingleses pensaban que no era digna de él porque no tenía un título y un castillo. —Hizo una pausa—. Y porque ya estaba casada.

—Pero tú no estás casada. —Él se volvió de nuevo hacia ella, preocupado, agarrándola del hombro con tal ferocidad que ella hizo una mueca de dolor—. No lo estás, ¿verdad?

—No... Pero tú sí. —El rostro de ella se descompuso. De las comisuras de sus ojos cayeron unas lágrimas.

—¡No! —Él alargó la mano y le enjugó la mejilla con el pulgar. Impotente y rendida de amor, ella se inclinó hacia él, ladeando la cabeza para acariciarle la mano con su mejilla. Dentro de unos segundos se besarían. Entreabrió los labios anhelante mientras él deslizaba la mano hasta su nuca y la atraía hacia sí—. No llores —murmuró con voz ronca—. Te lo ruego, Catherine, no llores.

Durante unos instantes el tiempo pareció detenerse. Paige le miró desencajada. Sus ojos verde grisáceo se oscurecieron hasta adoptar el color del pedernal.

—Catherine es tu esposa —le dijo.

—Mierda.

—¡Corten! —gritó una voz.

—Lo siento, chicos. —Jackson Rolfe se alisó el pelo, artísticamente alborotado, y escudriñó la vigilante oscuridad sonriendo como un niño travieso—. Supongo que nunca he sabido distinguir una mujer de otra.

En el plató sonaron unas aduladoras carcajadas. Jackson era en esos momentos el actor que cobraba el caché más elevado en Hollywood: si hacía un chiste, era gracioso. Paige esbozó una sonrisa forzada, como si el hecho de que después de seis semanas de rodar juntos Jackson hubiera «olvidado» el nombre del personaje que encarnaba su coprotagonista (Sally, abreviatura de Salima, lo cual no requería un esfuerzo sobrehumano) le pareciera también de lo más cómico. Sabía de sobra que el desliz de su compañero había sido intencionado.

—Quince minutos, chicos. —La asistente del asistente del segundo asistente del director apareció en el borde del plató intensamente iluminado, estrechando contra su pecho su carpeta sujetapapeles y con el *walkie-talkie* contra una oreja, y empezó a dar instrucciones. La arena que había sido artísticamente distribuida entre los cantos rodados de poliestireno tenía que ser alisada para la próxima toma. Greens quería cerciorarse de que el olivo estaba bien asegurado. Al director de fotografía le preocupaban las sombras, y quería probar distintos filtros con los dobles.

Paige se levantó, sacudiéndose la arena de su pantalón de combate. Oyó el zumbido de insecto de una Polaroid cuando alguien le tomó una foto para plasmar el aspecto que presentaba. Probablemente para peluquería, o quizá para vestuario: los profesionales de ambos estaban obsesionados con la continuidad.

—¿Quieres hacer el favor de ayudarme, tesoro? —Jackson, que seguía tumbado en la arena, le tendió la mano. Ella le miró. Él no solía llamarla «tesoro» en privado. Pero todos los del equipo les observaban y obedeció. Jackson se levantó al mismo tiempo que ella tiró de él, así que ambos quedaron momentáneamente abrazados. Él la miró con expresión lasciva, como si ella lo hubiera hecho adrede—. Caramba, Salima.

Paige le soltó la mano, resuelta a no reaccionar.

—¿Puede traerme alguien un vaso de agua? —preguntó dirigiéndose a las sombras.

—Desde luego, señorita Carson. —Casi de inmediato se oyó el sonido de unos trocitos de hielo picado al caer en un vaso de cartón.

Paige puso un pie en el suelo de hormigón sobre el que habían construido el set.

—Cuidado, señorita Carson. No vaya a tropezar con el travelín —le advirtió una voz.

Sus ojos tardaron un momento en adaptarse a la penumbra después de la intensa iluminación del decorado. El familiar escenario adquirió entonces nitidez: no era una puesta de sol en el desierto,

sino un plató en unos estudios hollywoodienses, donde el sol no penetraba nunca y la temperatura del aire estaba estrictamente controlada. Era un edificio inmenso, semejante a un hangar, carente de ventanas, con gruesos cables de caucho sujetos al suelo con cinta adhesiva, tabiques de madera contrachapada que no llegaban al techo y caballetes de acero suspendidos en lo alto como las vías de una inmensa estación de ferrocarril flotante. Había el habitual amasijo de escaleras, trípodes, pantallas reflectantes y mesas metálicas, destornilladores, pilas, objetivos de repuesto y vasitos de poliestireno manchados. Había varios grupos de personas de pie o sentadas que daban la impresión de no tener nada que hacer, las cuales parecían minúsculas en comparación con el gigantesco plató. En el set habían instalado dos cámaras, que parecían robots de ojos vacíos esperando el momento de atacar.

Como solía hacer entre tomas, Jackson había ido hacia Video Village para comprobar su trabajo en el monitor. Paige le vio inclinarse sobre el hombro del director mientras ambos observaban la pantalla sobre la mesa de acero con ruedas. Lester estaba sentado en su silla de madera y lona, los pies calzados en unas zapatillas deportivas apoyados en el reposapiés. Lucía su atuendo habitual de cineasta, consistente en una holgada camiseta negra, auriculares y barba incipiente. Formaba parte de la Leyenda Lester que mientras rodaba una película se dejaba crecer la barba, que luego se afeitaba para la fiesta de fin de rodaje. Junto a él estaba sentada la guionista, con el guión abierto frente a ella entre el acostumbrado montón de botellas de agua, megáfono, rotuladores y rollos de cables de colores. El ayudante de dirección y el director de fotografía también estaban allí; parecían Tararí y Tarará con sus gorras idénticas de *Código Rojo* mientras consultaban el cronómetro que registraba la duración de cada toma. Detrás de ellos había diversos asistentes, vestidos como para ir a la playa con sus pantalones cortos y sus zapatillas deportivas. Todos tenían la vista fija en el monitor. Paige odiaba verse en la pantalla, pero durante unos momentos no pudo resistir observar a los observadores, tratando de descifrar cómo iba todo a juzgar por

sus expresiones. Lester frunció el ceño mientras Jackson señalaba la pantalla y le murmuraba al oído con gesto persuasivo. ¿De qué se trataba esta vez? ¿Se le había ocurrido a Rolfe otra «sugerencia» para que la cámara le enfocara más tiempo a él y menos a ella?

—¿Señorita Carson? —Alguien le ofrecía un vaso de cartón.

—¿Es mi agua especial? —preguntó.

—Agua de la Cábala. —El chico era tan ridículamente guapo y parecía tan nervioso que Paige se arrepintió del tono brusco que había empleado. Él no tenía la culpa de que estuviera tan estresada.

—Gracias. —La actriz sonrió al tomar el vaso. En su caravana había dos cajas de esta agua, un regalo de Gaby, su amiga y tabla salvavidas, quien le había explicado que cada gota destilaba la sabiduría de siglos, aunque sabía más o menos como cualquier otra agua. Apuró el vaso de cartón y lo estrujó. Si Lester no estaba satisfecho de su trabajo, que se lo dijera a la cara. Entretanto, tenía que seguir centrada. Se acercó a su silla, tomó su iPod y se colocó los auriculares. Cerró los ojos. *Métete en la piel del personaje.*

De acuerdo. Era Salima, una cuarta parte palestina de nacimiento, cien por cien norteamericana por educación, una destacada agente de campo de la CIA cuyo aspecto duro ocultaba un matrimonio fracasado y un hijo que había fallecido. Puesto que dominaba el árabe había formado parte del equipo que había sido enviado en paracaídas al Líbano para rescatar al presidente de Estados Unidos (interpretado por Jackson), al que un grupo islámico militante había tomado como rehén después de que el Air Force One se hubiera estrellado.

Todos se habían opuesto a que Salima participara en la misión «Código Rojo». En primer lugar, era una mujer. Segundo, había dudas sobre su lealtad: la abuela de Salima había sido expulsada por las fuerzas israelíes de su hogar en Palestina y había estado a punto de morir en un campo de refugiados antes de huir a Estados Unidos. En el clímax del segundo acto del filme, cuando Salima revela que es una agente doble conchabada con los secuestradores, esas dudas parecen más que justificadas. Por supuesto, se trataba de un

ingenioso ardid, aparte de una descarada imitación de *El desafío de las águilas*, u «homenaje», como dicen en Hollywood. «Durante los dos primeros tercios de la película Salima representa un hermoso enigma —le había dicho Lester, esculpiendo las palabras en el aire con una rolliza mano—. ¿Es una patriota o el enemigo? ¿Una máquina de matar o una mujer de carne y hueso? Al final da rienda suelta a su pasión interior, en el sentido emocional, político y sexual, por supuesto.»

Por supuesto. Paige respiró hondo varias veces, tratando de sumergirse en un estado a la vez apasionado y enigmático. Pero lo único que sentía era el nudo de tensión y la ira que se iba acumulando detrás de su esternón desde hacía semanas.

Era difícil recordar la euforia que había sentido cuando le habían ofrecido este papel. Después de una inexplicable racha de fracasos, su posición en la lista de los mejores parecía un tanto precaria, y necesitaba un proyecto que redundara en un éxito de taquilla. Como es natural, también se debía a sí misma elegir un papel que le exigiera dar lo mejor de sí como artista. *Código Rojo* parecía perfecto en ambos sentidos. Era un *thriller*, pero «con garra» (el término de moda en Hollywood), gracias a un adulterio presidencial mostrado en pantalla y al audaz papel de una mujer árabe liberada, poderosa y comprometida con los valores democráticos norteamericanos. Lester era el rey de las películas de acción; Jackson acababa de ganar un Globo de Oro por su papel estelar en una superproducción sobre el rey Arturo, y estaba nominado como mejor actor en la próxima entrega de galardones de la Academia de Hollywood. Era una magnífica oportunidad para que Paige demostrara al mundo su amplio registro como actriz, que iba más allá de desnudarse.

Por consiguiente, había echado mano de todas sus amistades influyentes, había atosigado a su agente, se había puesto en contacto con los ejecutivos del estudio y se había esmerado en aparecer en excelente forma y supersexi con sus pantalones cortos de correr y un *top* que dejaba el vientre al aire. Por suerte, tenía lo que Hollywood llamaba «un aspecto exótico», que básicamente significaba que no



era rubia. Por primera vez había ganado la partida a las rubias preferidas por la industria cinematográfica. Había pasado un mal momento cuando todo indicaba que el papel iba a llevárselo una rival, pero al final resultó que el plan de rodaje coincidía con los planes que tenía la otra actriz de viajar a China para recoger a una chinita que iba a adoptar. ¡Qué alivio!

Paige se había machacado durante los preparativos: tres semanas de adiestramiento con los marines (tenía los muslos duros como piedras); horas y horas en el campo de tiro (aunque odiaba los ruidos estruendosos); sesiones nocturnas con su profesora de interpretación, trazando el viaje interior de su personaje. El estudio había contratado a un profesor de acentos regionales y extranjeros para que le diera clase. El árabe tenía un sonido maravillosamente áspero. Ella había disfrutado sentándose por las noches en su patio, con sus auriculares puestos, contemplando las luces de Los Ángeles y repitiendo las frases con voz entrecortada a cualquier coyote que la estuviera espiando. Su profesor decía que era una de las alumnas más aplicadas que había tenido. ¡Ja, ja! ¡Que se lo dijeran al director de Pacific High, el instituto donde había suspendido estrepitosamente las asignaturas principales! Aunque era posible que su profesor se sintiera halagado por ser ella quien era. La semana pasada Paige había averiguado, por casualidad, que habían contratado a una mujer árabe para que dijera las palabras que ella tenía que decir en árabe durante el montaje del filme. Todos los ensayos habían sido para asegurarse de que articulara las palabras más o menos correctamente con los labios. Sin darse cuenta, inclinó la cabeza y oprimió las palmas de las manos cruzadas sobre el pecho.

—¿Estás bien, cielo? —Lester se acercó por detrás y apoyó las manos sobre sus hombros, inclinándose sobre su oreja de forma que su barba le hacía cosquillas en el cuello.

—Perfectamente. —Paige abrió los ojos y se enderezó en la silla—. Me estaba concentrando en el personaje. —Se volvió y le dirigió su sonrisa más jovial, que se tensó al ver a Jackson junto a él.

Lester acercó una silla e indicó a Rolfe que hiciera lo propio, a

fin de que los tres formaran un círculo cerrado y secreto. ¡Dios, el momento del abrazo en grupo! En efecto, Lester los rodeó a ambos con sus brazos y los atrajo hacia sí.

—¿Recordáis la escena en el aeropuerto, cuando Ilsa y Rick se despiden? —preguntó.

Paige asintió con la cabeza. Sabía lo que el otro iba a decir. Prácticamente en todas las películas en las que había trabajado, desde comedias hasta obras dramáticas de época, siempre había un momento en que el director invocaba *Casablanca*.

—Ésa es la intensidad que necesitamos aquí —prosiguió Lester—. Es el clímax emocional. Una escena de cuatro pañuelos. Quiero que los espectadores en todo el mundo lloren sobre sus palomitas. Esto es amor auténtico. Una tragedia auténtica. Ya no sois el presidente y una agente de la CIA, tan sólo Hart y Sally, un hombre y una mujer que desean lo que jamás alcanzarán. Quiero que me deis todo lo que tengáis. Y tenéis mucho, me consta. Ahora mostrádmelo. —Tras apretujarles por última vez los hombros, les soltó, se levantó y dio una palmada—. Vamos allá, chicos.

Al instante estalló una febril actividad en el plató mientras todos cumplían eficientemente con su cometido. La maquilladora se llevó a Jackson para retocarle el bronceado. Paige apenas tuvo tiempo de guardar su iPod cuando se abalanzaron sobre ella. Unas manos le untaron el pelo con gel para restaurar el aspecto desaliñado y desgredado de alguien que acaba de escapar a la muerte. Ofreció sus labios para que le aplicaran más brillo y sus mejillas para un toque de color violáceo que simulaba unos moratones. Comprobaron que la masilla que le habían aplicado en la nariz para darle ese aspecto árabe genuino (según decía Lester) no estuviera resquebrajada, y le empolvieron de nuevo la cara. Tardaron un siglo en aplicarle la masilla, que picaba mucho. Unos dedos le desabrocharon otro botón de la camisa —«Lester quiere que se te vea el canalillo»— y le untaron la parte superior de los pechos con algo para que parecieran relucir de sudor. Volvió de nuevo al set, donde Jackson sostenía un pequeño aerosol frente a su boca.

—Échate un poco tú también —le dijo, dirigiendo el chisme hacia ella.

Paige se clavó las uñas en la palma de la mano, reprimiendo una contestación grosera, y abrió obediente la boca para que Jackson la rociara con el perfumador de aliento con sabor a menta antes de arrojar el aerosol a uno del equipo.

Lester y el director de fotografía echaron un último vistazo a través del visor. Paige y Jackson ocuparon sus posiciones, frente a la pantalla azul desnuda sobre la que posteriormente los de efectos especiales proyectarían el paisaje del desierto que ya habían grabado.

—¡Últimos toques!

—Rodando. ¡Silencio, por favor!

—Velocidad.

—Acción.

La claqueta cerró sus fauces, y aquí estaban de nuevo. *Escena 34. Exteriores. El desierto libanés. Hart y Salima se confiesan su amor.* Paige miró embelesada el rostro cuadrado, atractivo y detestable de Jackson, centrándose en sus increíbles ojos azules (unas lentillas de contacto tintadas). De cerca, sus mejillas aparecían hinchadas debajo del maquillaje. Demasiada comida basura, alcohol, fiestas, etcétera. Especialmente etcétera.

*¡Concéntrate!* Éste era el hombre que amaba, admiraba, deseaba, como... como nadie que ella conocía, o pudiera llegar a conocer en vista de las circunstancias. «Paige Carson, veintinueve años, y en la actualidad soltera y sin compromiso», como les encantaba describirla a los columnistas de cine.

Esta vez Jackson sostuvo la cabeza más alta, mientras contemplaba el inexistente desierto y rumiaba sobre el rey Eduardo: sin duda se había percatado de su papada en el monitor. El estudio había contratado a un nutricionista a tiempo completo para que le llenara el frigorífico con zumo de germen de trigo y yogur y le acompañara en cada comida, pero requería un dispositivo de vigilancia del FBI mantenerlo alejado de los bollos, tartas de cereza y los gi-

gantescos sándwiches «flautas» que el servicio de *catering* le traía, aparte de otras sustancias que le procuraban sus asistentes. Era muy injusto que no importara que los tíos tuvieran michelines en la barriega, como si estar fornido equivaliera a ser un «tío machote», mientras que todos se ponían histéricos si una actriz cogía medio kilo. El motivo de que muchas actrices adoptaran bebés se debía a que se habían cargado su ciclo de ovulación con las dietas a las que las obligaban a someterse para perder peso. Paige no podía remediar tener la complexión física que tenía. Gracias a su padre, era alta y de huesos grandes; de su madre había heredado unos pechos exuberantes que se negaban a reducirse por debajo de una talla de sujetador C, por más que se pusiera a régimen. En estos momentos habría matado por un donut cubierto de azúcar y chorreando grasa.

*¡Concéntrate!* Ésta era la parte en la que tenía que llorar. Era el momento de pensar en *Skipper*. Su rostro empezó a crisparse de dolor al imaginar al adorado dachshund de su infancia atropellado por un coche el día en que ella cumplía diez años. Su querido *Skipper*... Inmóvil. Inerte. Sus deliciosas patitas quietas para siempre. Ese día, después de su muerte, cuando ella había encontrado la pelota de goma que aún mostraba las marcas de sus colmillos... Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Esta vez Jackson se acordó de llamarla Salima. Ahora se disponían a besarse. Paige fingió estar a punto de desmayarse de amor, pestañeó un par de veces y cerró los ojos. Ay, la barba de Rolfe le rascaba. *¡Olvídalo!* Éste era el hombre que amaba. Rick e Ilsa. La pasión interior. *Alza la mano y acarícialo el pelo. Pero recuerda la cámara. No le tapes el rostro.*

Las manos de él le rodearon el cuello y las costillas. Oprimió la boca contra la suya. Ella imaginó la forma en que la cámara plasmaría la curva de su cuello inclinado para recibir el beso de su amado y los destellos dorado-rojizos de su oscura cabellera que ondeaba al viento. Pero algo iba mal. Ésta no era la forma en que habían ensayado la escena. Jackson la abrazaba con demasiada fuerza. *¡Paige no podía respirar!* Trató de retirarse un poco sin estropear la toma.

Rolfe debió notar que se movía, pues la estrechó contra sí con más fuerza. ¡El muy cabrón! Sintió que la sangre le martilleaba en las sienas. Su piel se cubrió de sudor. Dentro de un momento perdería el conocimiento. Se apartó bruscamente, expelió aire con un sonido sibilante y explosivo y aspiró una nueva bocanada.

—¡Corten!

—Lo siento, Lester —dijo Paige, resollando y abanicándose la cara—. No podía respirar.

—Vale, no pasa nada. Repitamos la toma.

¿Denotaba su voz un atisbo de exasperación?

—Yo no tengo la culpa —protestó la actriz sin poder evitarlo—. Durante el ensayo nosotros...

—Nadie tiene la culpa —le interrumpió Lester.

Paige se volvió hacia el equipo de rodaje, en busca de confirmación. Era obvio que Jackson había estropeado la toma adrede. El primer ayudante del cámara, un viejo amigo, la miró arqueando las cejas en un gesto de comprensión, pero nadie se atrevió a decir nada.

De pronto la voz meliflua de Jackson resonó a través del plató, grave y consternada.

—No, ella tiene razón, Lester. La culpa es mía. Estaba tan enfrascado en mi papel que... me pasé.

Ya, vale. ¿Se tragaría el director esa trola?

—Esto es lo que queremos, Jacko —respondió Lester con tono afable—. No te disculpes. Todo fue de maravilla hasta que... Bien, ¿te sientes mejor, Paige?

Ella asintió con la cabeza. ¿Qué podía hacer? Cuando volvieron a ocupar sus posiciones, Jackson la miró con una sonrisita triunfal.

Había sido así desde el principio. Antes de esta película Paige no conocía a Jackson Rolfe personalmente, aparte de cambiar un «hola» superficial en fiestas y ceremonias de entrega de premios. Él tenía fama de ser difícil, pero los mejores actores solían serlo,

incluso ella misma lo era. Su primer encuentro con él se había producido durante la primera lectura del guión, cuando los ejecutivos del estudio comprobaban si existía suficiente «química» entre los coprotagonistas. Era humillante recordar el entusiasmo que ella había derrochado, lo halagada y halagadora que se había mostrado, exhibiendo sus dientes perfectamente pulidos, sus uñas impecables, cada pelo superfluo eliminado, y una indumentaria que su agente y su profesora de interpretación habían elegido con esmero para que proyectara a partes iguales una verosímil eficiencia de la CIA y una imagen sexi en la pantalla. Jackson, por el contrario, se había presentado con aspecto desaliñado y sin afeitarse, vestido con vaqueros, camiseta y chanclas. Lo primero que había hecho fue disculparse en voz alta por no haber visto el trabajo de Paige, «excepto *Los moteros*, claro está», había añadido con una sonrisa lasciva. «Mi hijo tiene el póster clavado en la pared de su habitación.» Ella no había sabido cómo reaccionar a ese comentario. Jackson era australiano: quizá pensaba que eso era un cumplido. Ella se había reído tontamente, deseando caerle bien.

Pero no lo había logrado. Por regla general, los actores se ayudaban unos a otros durante estas lecturas; estaban en el mismo bando. Rolfe había farfullado sus frases como si estuviera medio dormido, entorpeciendo el trabajo de Paige adrede, de forma insultantemente despreocupada. Ella había tenido que fingir un orgasmo para obligarle a reaccionar. Era incluso peor que esas primeras audiciones, cuando tenías que empezar en frío y convertirte de pronto en una camarera muy ocurrente o en la aterrorizada víctima de un asesino en serie. Cuando la lectura había concluido por fin, Jackson se había sacado un chicle de la boca y lo había pegado en la mesa.

Pero Paige había logrado de alguna forma convencer a los ejecutivos. A fin de cuentas, era actriz. Y quizá Jackson había tenido un mal día, pues se estaba divorciando de su mujer después de una serie de relaciones extraconyugales que la prensa se había encargado de airear. De modo que cuando comenzó el rodaje de exteriores en el desierto de Nevada (la aseguradora se negaba a cubrir el Líbano),

Paige había volado hasta allí rebosante de optimismo. Por más que no le cayera bien a Jackson (¿y a santo de qué le había cogido inquina, si podía saberse?), suponía que se comportaría como un profesional. Su caché era cuatro veces superior al suyo; podía permitirse el lujo de mostrarse amable. Pero no. La ignoraba en todo momento, excepto en las escenas en que aparecían juntos, durante las cuales trataba constantemente de buscar la forma de eclipsarla o fastidiarla sutilmente. Rolfe había insistido en rodar las escenas una y otra vez hasta que su trabajo fuera perfecto, mientras que en el caso de Paige la primera toma solía ser la mejor, después de la cual iba perdiendo energía como cuando se escapa el vapor de una cafetera. Por las noches Jackson solía organizar corrillos formados sólo por hombres, con sus *coaches* y con Lester, con el consiguiente resultado de que su papel fue aumentando mientras que el de ella quedaba reducido al de mera comparsa. No era un problema de ego; en todo caso, no era sólo un problema de ego. Jackson estaba desequilibrando la película. La frase de reclamo era: «Ella le rescata del valle de la muerte; él le restituye su alma». Pero el resultado de las modificaciones efectuadas por Jackson en el guión era que el presidente Hartman acababa rescatándose a sí mismo gracias a su viril coraje, su seguridad en sí mismo, sus dolorosas exploraciones en la oscuridad de su corazón, bla, bla, bla, mientras Salima le contemplaba admirada, proporcionándole una persona que formaba parte del decorado ante la que exhibir su extenso registro actoral.

Lo que era casi peor, Jackson la había excluido de la camaradería que suele desarrollarse entre los actores y el equipo técnico durante la filmación en exteriores, que Paige siempre había considerado uno de los aspectos más gratos de participar en una película. Siempre era él quien se ocupaba de organizar los eventos para agasajar al equipo: una furgoneta cargada con helados Ben & Jerry's, o un grupo de chefs mexicanos que hizo venir desde Los Ángeles para que prepararan tacos para todos. Un fin de semana, Paige encargó unas cajas de cerveza; nada muy ostentoso, tan sólo un gesto destinado a generar buenas vibraciones.

De alguna forma Rolfe se enteró del plan y lo chafó mandando que le enviaran sus Harley Davidson para organizar una carrera de motos con Lester y los «chicos». Bebieron cerveza y brindaron por Jackson.

Por fin, animada por Gaby, que le había recordado que era un ser humano único y talentoso y no debía consentir que esta situación se emponzoñara, Paige se había encarado una noche con el australiano en la caravana de éste. Era el modelo de lujo más caro, con *jacuzzi*, pantalla de plasma y los últimos adelantos tecnológicos, todo ello mezclado con un montón de ropa, estuches de cedés y bolsas vacías de patatas fritas; por lo demás,apestaba a mariguana. Jackson estaba tumbado en un sillón de cuero, cubierto con un albornoz y fumando. Al verla no mostró alegría ni sorpresa. Enderezando la espalda y con aspecto digno, la actriz le soltó el discurso que había ensayado con Gaby. Le respetaba profundamente. Era un honor trabajar con él. Pero creía que era preciso aclarar ciertas cosas entre ellos. ¿Tenía algún problema que deseara compartir con ella en ese momento? ¿Se trataba de algo personal, o tenía que ver con la forma de actuar de Paige?

Rolfe la había mirado achicando los ojos a través del humo.

—¿Actuar? ¿A qué te refieres?

—¿Perdón?

—Lo siento, no me había dado cuenta de que eras una «actriz».

—Jackson había pronunciado la palabra con evidente sarcasmo—. Por ejemplo, ¿has estudiado en alguna academia de arte dramático?

—¡Por supuesto! —Bueno, no era exactamente una «academia», pero había tenido los mejores profesores y había recibido docenas de clases, inclusive como doble de escenas peligrosas a caballo y en duelos a espada. En cualquier caso, actuar era instintivo en ella. Lo llevaba dentro.

—¿Tuviste que matarte trabajando para ahorrar el dinero para las clases, preguntándote cada semana si tendrías que renunciar a ellas?

—Pues no, pero no comprendo...



—¿Te has llevado a Shakespeare al monte, montando el decorado cada noche y desmontándolo de nuevo sólo para poder decir «Sí, mi señor» en el segundo acto, escena tercera? ¿Has compartido con otras tres personas una habitación sin aire acondicionado en el centro de Los Ángeles? ¿Has trabajado en la Casa de las Tortitas ocho horas seguidas cada noche, para poder asistir a audiciones durante el día? ¿Has tenido que empeñar el reloj de tu abuelo para poder presentarte a esas audiciones con unos zapatos sin las suelas agujereadas? —Jackson aplastó su porro en el cenicero y se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas—. ¡Pues claro que no! Te aburríste de ir a fiestas y de compras y de hacer tus pinitos como modelo y llegaste a Hollywood montada en una ola de privilegios y el dinero de papá.

—¡Eso no es verdad!

—Lo cierto es que hace diez años hiciste una película que tuvo éxito por motivos que los dos sabemos, y que no es lo que yo llamo actuar. ¿Qué has hecho desde entonces?

Paige no daba crédito a lo que oía. Se puso en jarras y replicó:

—Sólo una de las películas más taquilleras de todos los tiempos. ¿O has olvidado el *Viaje al Monte de la Muerte*?

—Hacías el papel de un elfo. Durante unos tres minutos.

—Es mejor que decir «Sí, mi señor» a dos esquiladores de ovejas y a un canguro.

—En eso te equivocas. Actuar es experiencia. Es un oficio. Proviene de aquí. —Jackson se dio un golpecito en la sien con el índice, tras lo cual la miró arqueando las cejas—. Hola, ¿hay alguien ahí arriba?

¡Ese arrogante cabronazo la estaba llamando estúpida!

—Actuar requiere mucho más que tener un éxito, o ser guapa. Cosa que reconozco que eres. —Se sentó de nuevo en el sillón y enlazó las manos detrás de su cabeza. Su albornoz se entreabrió—. ¿Quieres echar un polvo?

—¿Qué? —Paige la miró asqueada—. No puedes hablarme de esa forma. ¡Soy una pro... profesional! —Mierda. Su cerebro empe-

zaba a bloquearse de ese modo tan humillante y terrorífico. Prefería morirse que ponerse a tartamudear delante de él.

—Venga, mujer —replicó él—. Me necesitas. Soy tu billete de regreso al éxito. Ambos estamos atrapados en este puto lugar. Más vale que procuremos divertirnos un poco.

Ella se volvió de espaldas a él, abrió la puerta de la caravana, aprovechando la pausa para respirar hondo varias veces y pronunciar sin tartamudear lo que quería decirle.

—Espera a que mi agente se entere de esto. Y Lester.

Jackson soltó una carcajada.

—Haz lo que te dé la gana. ¿Crees que alguien me va a echar de esta película porque la Princesa Paige se ha ofendido?

Estaba tan furiosa que, haciendo caso omiso de los escalones, saltó de la caravana, calculó mal la distancia y aterrizó en una ignominiosa postura, a cuatro patas, sobre la tierra. Después de incorporarse, echó a andar hacia la fría oscuridad del desierto, magullada y perpleja. Era una buena actriz. Era una estrella. Era Paige Carson. (Mierda, ¿dónde estaba su caravana? Ah, sí, al otro lado.) Lester se quedaría de piedra cuando se enterara de la forma en que la había tratado Rolfe. El director le obligaría a disculparse con ella. Los del equipo se enterarían de lo ocurrido, como se enteraban siempre de todo, y se pondrían de su lado. *Código Rojo* tendría un éxito sin precedentes. Ella y Jackson serían nominados a un Oscar, pero sólo se lo llevaría ella. En su discurso de agradecimiento ni siquiera le mencionaría.

Esta fantasía la animó hasta que regresó a su caravana y se impulsó la fría realidad. Princesa Paige... Era como la prensa basura que se ocupaba de las celebridades la había llamado cuando había abandonado el proyecto de *Bocado goloso* el día antes de iniciarse el rodaje. Habían omitido la razón por la que lo había dejado: porque había averiguado que habían modificado su papel de cabo a rabo, e iba a tener que hacer de madre de un chico de veinte años. El actor tenía veintidós años, ella veintinueve. ¡Qué disparate! Pero, como es natural, esto no lo habían dicho, y desde entonces le habían colgado la

etiqueta de «diva». Si se retiraba de otra película, sería perjudicial para ella. Era obvio que, por alguna extraña razón, Jackson la tenía tomada con ella y la provocaba adrede, confiando en que se marchara o la echaran. Pero no le daría esa satisfacción. Resistiría hasta el fin.

El rodaje en exteriores había sido a duras penas soportable. Principalmente habían rodado las escenas de acción, en las que ella y Jackson tenían que correr bajo una lluvia de balas gritando cosas como «¡Hacia el cauce del río!», «¡Vamos, vamos, vamos!», o salir una y otra vez, calados hasta los huesos, de un pantano de mentirijillas en una toma tras otra. Incluso en esos momentos, Paige había mantenido la boca cerrada. Antes de una escena, Jackson le había preguntado: «¿Has memorizado tus frases?» «Por supuesto», había respondido ella. A continuación él le había preguntado: «¿Y las mías?» Sí, las suyas también. Luego él había tenido la desfachatez de pedirle que le ayudara a repasarlas, como si ella fuera una actriz de tres al cuarto deseosa de complacerle, en lugar de su coprotagonista.

Pero el trabajo en el plató era incluso peor. Las escenas en las que aparecían juntos plasmaban la trama secundaria entre Salima y el presidente «Hart» en primeros planos. La esposa de Hart, Catherine, había quedado confinada a una silla de ruedas después de un trágico accidente de esquí acuático; él tenía ciertas necesidades que ella no podía satisfacer. ¿Accedería Salima a llenar ese vacío? ¿Abandonaría Hart a su esposa? *Código Rojo* no era tan sólo otra película de acción, sino un drama humano agri dulce, de múltiples facetas, que mantendría a los espectadores en vilo hasta el final. Al menos, eso decía Lester.

Paige pensaba que sería más sencillo si Salima resultaba ser la mala de la película y liquidaba a Hart de un tiro. A raíz de su nominación al Oscar, Jackson se mostraba más intratable que nunca y todo el mundo le bailaba el agua. El peor de sus chistes era considerado divertidísimo, su «Gracias, guapa» dicho con tono despreocupado era recibido como un honor. Incluso su llegada al plató era

acogida cada día como un acontecimiento con que abrirían los informativos. «El coche del señor Rolfe viene de camino», «El coche del señor Rolfe ha llegado», «El señor Rolfe se ha apeado del coche». Por fin aparecía en persona, dispuesto a comerse el mundo, flanqueado por su profesor de interpretación y su publicista personal como un jefe mafioso acompañado por sus matones, y todo el mundo se ponía en marcha. Paige tenía que reconocer que era un excelente actor, pero el calor que exhalaba su ego lo abrasaba todo a su paso y devoraba hasta el último átomo de oxígeno creativo que respiraba ella.

Hoy era el cumpleaños de Jackson. Ella lo había olvidado hasta que, al finalizar una toma, Lester había decretado una pausa y había invitado a todos a acercarse a la mesa del refrigerio. El habitual y calórico surtido de galletas, caramelos y bollos había sido apartado hacia los extremos de la mesa, y en el centro aparecía una gigantesca tarta en forma de una moto, con los manillares de malvavisco, los neumáticos de chocolate y las ruedas de algodón de azúcar coronada con cuarenta y cinco velitas.

Todos cantaron *Cumpleaños feliz*. Lester pronunció un discurso. Jackson se dispuso a cortar la tarta, y recibió unos aplausos atronadores cuando fingió que el cuchillo se había quedado clavado en ella y repitió su parlamento de la película del rey Arturo antes de extraer el cuchillo con gesto triunfal y agitarlo en el aire. Un operador lo grabó todo en vídeo para la secuencia de escenas cómicas que mostrarían durante la fiesta de fin de rodaje. Paige sonrió hasta que la cara le dolía, y le entregó el obsequio que su asistente había comprado envuelto para regalo. Era una elegante loción italiana para después del afeitado.

—Mi coprotagonista cree que apesto —ironizó Jackson con la boca llena de migas de tarta. Era el pie para que todos estallaran en carcajadas y se dieran palmadas en los muslos.

Por fin regresaron al trabajo. Paige miró el enorme reloj digital colgado en la pared que emitía destellos para señalar los segundos que transcurrían: eran casi las once. La hoja de rodaje de hoy había

indicado que tenía que estar en el plató y preparada a las siete y media de la mañana. Su jornada había comenzado con una llamada para despertarla a las cuatro y media. Llevaba tres semanas viviendo en el recinto exterior de los estudios, en su caravana aparcada en el espacio que le había sido asignado frente al plató. A las cinco y media había hecho sus ejercicios de yoga, se había duchado, había tomado un desayuno de frutas y cereales integrales y se había puesto en manos de peluquería y maquillaje. Una hora más tarde había pasado a manos de vestuario. Luego había descansado un rato mientras colocaban los focos utilizando a los suplentes de las estrellas, y otra media hora más, porque tuvo que esperar a que Jackson concluyera su entrevista promocional. Hasta el momento Paige había realizado doce tomas de esta escena. ¿Tendría la suerte de que la decimotercera fuera la última?

*Escena 34. Ext. Desierto del Líbano.* Otra vez. La coprotagonista se hallaba en el set, cruzada de brazos, esperando a que Jackson regresara del baño. Estaba cansada y tenía calor. Hacía cinco días que no salía del recinto exterior de los estudios. Quería hacer una pausa, que le dieran un masaje, tomarse su zumo de granada y su almuerzo de *sushi* que le preparaban especialmente para ella y le enviaban cada día en helicóptero. (Reprimió los remordimientos de su conciencia ecológica por lo del helicóptero: muchos actores exigían este servicio para sus mascotas.) Durante la festiva pausa de cumpleaños los operadores debieron de abrir brevemente la puerta corredera del plató, pues Paige vio que el camello estaba ahora en su redil, dispuesto a que el cuidador de animales, vestido con un atuendo árabe, le condujera al plató. Era un signo alentador de que Lester estaba por fin preparado para pasar a la siguiente escena, de la que el camello formaba parte. Paige decidió esmerarse para que ésta fuera la mejor y última toma. Habían transcurrido diez de las once semanas de rodaje. Sólo le quedaban un par de escenas más con Jackson. Si

conservaba la calma, y hacía su trabajo, pronto se libraría de él para siempre.

Quizá fue este pensamiento lo que le procuró renovada energía. Pues mientras pronunciaba las archiconocidas frases por enésima vez se sintió de pronto inspirada, transportada, emocionada. Era Salima, sedienta de pasión, desesperada por hallar el amor, una mujer de carne y hueso con el corazón destrozado. Al mismo tiempo, la parte crítica de su cerebro le decía que todo iba bien: la cadencia, la voz, la expresión. Tenía el presentimiento de que esa emoción se proyectaría en la pantalla e inflamaría el corazón de los espectadores. Esos momentos eran raros, pero maravillosos cuando ocurrían. Era como magia, como volar, y este hombre que le enjugaba las lágrimas con ternura formaba parte de ello. Paige olvidó que era Jackson. Cerró los ojos. Cayó en sus brazos y esperó a que la besara. Él estaba a punto de oprimir sus labios contra los de ella cuando de improviso se detuvo y soltó un sonoro eructo en su cara.

—Vaya, he comido demasiada tarta —comentó riendo.

Todo el plató estalló en carcajadas. Paige oyó incluso unos aplausos de admiración. Jackson también se reía, aunque cuando vio la forma en que ella le observaba adoptó al instante una expresión de fingido arrepentimiento.

—Lo siento, Paige —dijo con tono cantarín, como un niño pequeño. Al parecer, esto también resultaba de lo más cómico.

Ella se levantó apresuradamente.

—¡Se acabó! ¡Me largo!

Al principio no la oyó casi nadie, salvo un cámara que apartó la cara del visor para mirarla consternado cuando echó a andar a través del set. La actriz se detuvo unos instantes, deslumbrada por los focos, en el borde del decorado, donde aguardaba el cuidador de animales, pero luego continuó.

—¿Qué ocurre? —preguntó alguien.

—Me marchó. No tengo por qué soportar esto. ¡Que te den también a ti! —le espetó al camello, cuyos ojos enmarcados por largas pestañas la observaban con desdén.

Todos corrieron hacia ella para averiguar qué mosca le había picado, incluso los del *catering*. La actriz pasó entre ellos para recoger su bolso. Lester, que había abandonado Video Village, se encaminó hacia ella.

—¿Cuál es el problema, Paige?

—¡El problema es que aquí nadie me apoya! ¡Me niego a ser tratada de este modo!

Era increíble; ¡alguien se había sentado en su silla!

—Quita el culo de mi silla —gritó. Una rubia con cara de asustada y enseñando las tetas (una de las numerosas Debralees, Ashlees e Infinitees que estaban allí porque se habían acostado con alguien) se apartó apresuradamente de su camino. Paige tomó bruscamente su bolso.

De pronto sintió la mano de Lester sobre su brazo.

—Vamos, cálmate. ¿Qué haces?

Ella se soltó.

—¿Qué crees que hago? Me voy.

—Pero ¿por qué, tesoro?

—Estoy harta. Estoy dando rienda suelta a mi jodida pasión interior. —Eché un vistazo alrededor del plató—. ¿Dónde está mi carrito de golf? —preguntó a nadie en concreto.

Se produjo un gratificante frenesí de actividad. *Sí, señorita Carson. Enseguida, señorita Carson. ¡Apresuraos, chicos! ¡El carrito de golf de la señorita Carson!*

—Tu caravana está ahí fuera, Paige —le recordó Lester—. No puedes abandonar el plató ahora.

—Lo haré si me da la gana.

—Espera. Hablemos tranquilamente. Jacko no pudo evitarlo. ¿Verdad, Jacko?

Paige vio que Jackson había abandonado el set tras ella y estaba junto a Lester, fingiendo sentirse profundamente preocupado. Sacudió la cabeza con aire grave.

—Se me escapó.

—Ya, ja, ja. —El mero hecho de verlo la sacó de sus casi-

llas—. Búscate a otra Salima —le espetó a Lester, agitando un brazo en el aire como una guadaña—. ¡Contrata a Meryl Streep! ¡O a Dame Judi Dench! Quizá sean unas actrices lo bastante buenas para él.

Empezó a restregarse la cara. Se oyó un grito de angustia.

—¡No, señorita Carson! Por favor. ¡La nariz no!

Paige arrojó la masilla al suelo y la aplastó con el tacón.

—Ya te dije que sería un quebradero de cabeza —murmuró Jackson a Lester.

—¡No soy un quebradero de cabeza! —protestó la actriz dando un taconazo en el suelo con su bota de combate—. ¡Soy una artista!

La sangre la martilleaba en los oídos. No soportaba ver a Jackson ni un segundo más. Dio media vuelta y se encaminó hacia la luz roja sobre la puerta de salida. Ambos hombres echaron a andar tras ella. Lester seguía hablándole, pero ella ya no le oía. Los rostros de los demás aparecían borrosos cuando pasó frente a ellos. Estaban estupefactos. ¿Es que no lo comprendían?

—¡Quiero mi *sushi*! —gritó—. Quiero mi zumo de granada. ¡Quiero un poco de respeto!

Por fin alcanzó la puerta. Asió la manija de metal. Debido a la insonorización del plató resultaba más pesada de lo que había imaginado. Al tirar de ella, el peso hizo que se volviera y vio a Jackson. Sus ojos relucían de satisfacción. Esto era lo que había pretendido desde el principio.

—¡Vete a hacer puñetas, cara... cara de torta! —Paige sacó sus gafas de sol del bolso, se las puso y salió al soleado exterior, cerrando de un portazo.